

EN LA PUNTA DE LA LENGUA

DON BASHAM

Las palabras pueden maldecir y destruir o bendecir y restaurar.

Hace unos años cuando era pastor de una iglesia de Toronto, Canadá, tuve un sueño extraordinario que ayudó a aliviar mi preocupación por la oposición que había venido como resultado de una reunión de oración carismática que habíamos comenzado en la iglesia.

En el sueño yo estaba con los miembros de ese grupo de oración a bordo de un barco que era mecido violentamente por una tormenta. Tenía en la mano un pedazo de papel en el que estaba escrita una maldición que decía que el barco se perdería y que todos nosotros seríamos destruidos. Mientras leía esa maldición, los bordes del papel comenzaron a humear hasta que voló en llamas.

De pronto, un miembro de la tripulación que estaba junto a mí en la cubierta del barco, se transformó en la figura de Satanás. Apuntándome con el dedo comenzó a citarme la maldición que estaba en el papel. La fuerza de sus palabras me golpeó como una explosión y me derribó sobre la cubierta. Tirado allí, me sentí inutilizado y sin poder, despojado de toda energía.

Entonces una voz majestuosa comenzó a hablar con gran autoridad, no solamente a mí, sino también a través mío: *“Aunque mil caigan a tu lado, y diez mil a tu diestra, a ti no llegará”*.

Con una fuerza repentina me levanté y me enfrenté a la criatura diabólica que me observaba. Y me oí a mí mismo decir con autoridad: *“¡Vengo en contra tuya en el nombre y en el poder del Señor Jesucristo!”*. Avancé hacia él y el áurea maligna que lo envolvía comenzó a disminuir y la figura a encoger hasta convertirse en un duende parecido a una rata llena de miedo. Intentó deslizarse hacia la bodega del barco, pero se lo prohibí diciendo: *“Aléjate y échate a lo profundo del mar”*.

La insignificante criatura asintió lastimeramente con su cabeza diciendo: *“¡Está bien!”* y se tiró al mar. Inmediatamente vino la paz a bordo del barco y navegamos sobre aguas apacibles hacia puerto seguro.

Yo tuve este sueño hace más de veinte años, pero aún lo recuerdo como una ilustración gráfica del poder de las palabras; primero, las palabras de maldición que me golpearon como una explosión y me derribaron sobre la cubierta; y luego, las palabras de autoridad dichas en el nombre de Jesús contra la figura diabólica que lo redujo a algo inofensivo y lo mandó a tirarse al mar.

“La muerte y la vida están en poder de la lengua” Pr. 18:21

Las palabras tienen vida o tienen muerte

Proverbios 18:21 dice: *“La muerte y la vida están en poder de la lengua”*. Más de lo que nos damos cuenta, las palabras que hablamos afectan la vida y el destino tanto en nosotros como en aquellos a quienes las hablamos. La palabra hablada no solo lleva significado, también libera poder; poder para bien o poder para mal.

Si queremos saber la razón del poder de la palabra hablada, solo tenemos que ver el origen de la creación. Dios habló la creación en existencia. Casi todos los párrafos del primer capítulo de la Biblia comienzan con *“Y dijo Dios”*: *“Y dijo Dios; Sea la luz”* (vs. 3). *“Y dijo Dios, hagamos al hombre a nuestra imagen”* (vas. 26).

El Dios que habló y el mundo existió, nos hizo a su imagen y semejanza; por lo tanto, su impartición a nosotros incluye el poder creativo de la palabra.

Las palabras tienen un poder tremendo para poner en marcha las cosas. Ejércitos enteros se movilizan a la palabra de su comandante. El hombre de quien Jesús dijo que tenía más fe que cualquiera de Israel, era un comandante militar, un centurión romano que conocía el poder de la palabra hablada. Cuando pidió a Jesús que sanara a su siervo dijo lo siguiente:

Señor, no soy digno de que entres bajo mi techo; solamente dí la palabra, y mi criado sanará.. Porque también soy hombre bajo autoridad, y tengo bajo mis órdenes soldados; y digo a éste: Vé, y va; y al otro: Ven y viene.... Al oírlo Jesús, se maravilló, y dijo a los que le seguían: De cierto os digo que ni aún en Israel he hallado tanta fe.... Entonces Jesús dijo al centurión: Vé, y como creíste te sea hecho. Y su criado fue sanado en aquella misma hora (Mt 8: 8-10, 13)

También Jesús sabía lo importante que era que quienes buscaban su ayuda expresaran su fe ellos mismos. Cuando el ciego Bartimeo le pidió misericordia, Jesús dijo: “¿Qué quieres que te haga?” (Mr 10:51). ¿Para qué hacer la pregunta? ¿Por qué otra cosa podría venir un ciego a un sanador, sino por su ceguera? Pero Jesús quería que Bartimeo expresara con su voz su deseo. Cuando Bartimeo respondió: “Maestro, que recobre la vista”, Jesús le dijo: “Vete, tu fe te ha salvado” (vs. 51, 52). La palabra hablada de Bartimeo liberó su fe.

Las palabras que hablamos pueden servir de motivación para actuar y poner en marcha nuestras capacidades. Muy rara vez la gente logra más de lo que dice. Las escrituras confirman que nuestro estado entre la enfermedad y la salud, entre el éxito y el fracaso, y entre la separación y la restauración, se puede determinar por las palabras que hablamos. El hijo pródigo estuvo separado de su padre hasta que dijo: “Me levantaré e iré a mi padre y le diré” (Lc. 15:18).

Palabras negativas de crítica

A veces pienso que todo el mundo cristiano está compuesto de dos grupos: los que expresan su fe hablando y logran hacer cosas significativas para Dios, y los que critican y calumnian al primer grupo. Los críticos no hacen nada, sólo critican.

Los cristianos que se mueven en fe son como Nehemías. Sienten que han recibido una comisión de Dios de edificar y de hacer algo, igual que Nehemías fue llamado para reconstruir los muros de Jerusalén.

Y los cristianos negativos que critican son como sus enemigos, Sanbalat y Tobías, que denunciaron a Nehemías y ridiculizaron a los que trabajaban con él. Quisieron persuadirlo para que dejara el trabajo en el muro y se defendiera de los cargos que hacían contra él. Su respuesta es clásica y un ejemplo para todos los cristianos sinceros en relación a los críticos.

Yo hago una gran obra, y no puedo ir; porque cesaría la obra, dejándola yo para ir a vosotros (Neh. 6:3).

Como uno que ha llevado muchas veces el peso de la crítica, quiero decir que **rara vez logramos algo positivo cuando intentamos aplacar a los críticos**. Aún cuando logremos responder a sus cargos, ya encontrarán otros. Desafortunadamente los cristianos que chismean y critican **no reconocen que la mentira, el chisme y la calumnia son un pecado**. De hecho, la mayoría de nosotros **cree que el pecado es algo que se hace, no algo que se dice**. Reconocemos que el sexto, séptimo y octavo

mandamientos prohíben matar, adulterar y robar, y convenientemente ignoramos el noveno que prohíbe levantar testimonio falso. No obstante, para Dios el pecado del testimonio falso es tan malo como los otros tres.

Somos demasiado prontos en juzgar y criticar a otros y lerdos para oír la advertencia solemne de Jesús:

Más yo os digo que de toda palabra ociosa que hablen los hombres, de ella darán cuenta en el día del juicio. Porque por tus palabras serás justificado, y por tus palabras serás condenado. (Mt. 12:36-37).

El chisme, la calumnia y la crítica no sólo hacen miserables las vidas de aquellos que los reciben, también tienen un efecto destructivo en aquellos que los dicen. En Mateo capítulo 7, Jesús hace una aplicación irrevocable de la ley de sembrar para cosechar:

No juzguéis, para que no seáis juzgados. Porque con el juicio que juzgáis, seréis juzgados, y con la medida con que medís os será medido. (vs. 1-2).

Tarde o temprano, las palabras de juicio que usamos para difamar o condenar a otros regresarán a nosotros. *“No os engaños; Dios no puede ser burlado; pues todo lo que el hombre sembrare, eso también segará”* (Gá 6:7).

Un hombre sabio sugirió una vez esta oración para ayudarnos a resistir la tentación de hablar de otros: *“Oh, Dios, que las palabras que hable hoy sean dulces y tiernas, porque mañana me las podría comer”*.

Redimamos nuestro hablar

Habiendo sido confrontados con los resultados destructivos de nuestras palabras, quizá ahora estemos dispuestos a decir como David: *“He resuelto que mi boca no haga transgresión”* (Sal 17:3). No conozco otro versículo de la Biblia que sea tan alusivo a nuestro tema. Cuando predico sobre esto, a menudo **vido a la congregación que haga este voto junto conmigo**, y le ruego a usted, que lee este artículo, que haga una pausa ahora y haga lo mismo.

También debemos tener presente los siguientes **siete pasos para redimir el habla**:

Paso 1: Arrepiéntase y pida el perdón de Dios por los chismes y las calumnias que ha dicho. Cuando decimos algo odioso o negativo de nuestro hermano en Cristo, lo estamos diciendo del Señor. Las palabras de Jesús en Mateo 25: 40 *“De cierto os digo que en cuanto lo hiciste a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí lo hicisteis”*, se aplican tanto a lo bueno como a lo malo que hayamos hecho. Es fácil olvidar que todo pecado es contra Dios. Nuevamente debemos decir como David:

Ten piedad de mí, oh Dios, conforme a tu misericordia... Contra ti, contra ti solo he pecado, y he hecho lo malo delante de tus ojos. (Sal 51: 1, 4).

Paso 2: Discúlpese y pida perdón a la persona injuriada. Pedir disculpas y perdón no siempre es posible y nunca es fácil. Quizá hemos injuriado a alguien que ya ha pasado a la presencia del Señor, o a personas con las que ya no tenemos contacto. En tales casos, todavía debemos pedir el perdón de Dios.

En la mayoría de los casos, sin embargo, es posible pedir perdón; sólo que no es fácil. Hace muchos años escribí un artículo sobre sectas y sin tener la intención identifiqué a cierto grupo cristiano como parte de una secta. Un miembro sabio que estaba más familiarizado con la historia de ese grupo me escribió y cortésmente, pero con firmeza, me reprendió por condenar a personas que amaban al Señor. Recibí la reprensión y respondí al ministro pidiéndole disculpas y también en el siguiente número de la revista me disculpé públicamente con el grupo. Fue una admisión dolorosa, pero doy gracias a Dios porque hice lo correcto. No siempre ha sido así, pero pido a Dios que nos dé a todos la humildad y el valor para pedir disculpas y perdón cuando sea necesario.

Paso 3: Piense antes de hablar. Resuelva pensar antes de hablar. Criticar o repetir chismes es un mal hábito y puede ser corregido. Una manera de cambiar este hábito en particular es recordar, antes de decir alguna crítica, la manera en que nos sentimos la última vez que mintieron y nos criticaron injustamente. Tenemos que considerar el efecto de nuestras palabras, porque una vez que se dicen en voz alta, ya no se pueden retraer totalmente. Ni la disculpa más sincera las puede volver atrás, ni borrar el daño. Una mujer santa que conozco fue calumniada por cierta persona y ésta le pidió perdón. Ella lo perdonó, pero le hizo ver que el efecto de sus palabras nunca podría ser completamente borrado.

“Echa el contenido de una almohada de plumas en el aire y ve como el viento las dispersa”, le dijo ella. “Luego trata de recogerlas. Cuando hayas recobrado cada una y las hayas puesto en la funda, sabrás lo duro que es y el tiempo que llevará borrar el daño que tus palabras han hecho”.

Paso 4: Deje que las habladurías terminen en usted. Quizá no podamos impedir a otros que hablen mal de sus hermanos cristianos, pero sí podemos decidir que lo que digan terminará en nosotros. No sólo debemos rechazar el chisme oído, tenemos que determinar no continuarlo nosotros. También es apropiado, cuando oigamos chismes y juicios, expresar nuestra desaprobación; no de la persona de quien se habla, sino de la persona que está hablando. Incluso cuando lo que se dice concierne a alguien que haya caído en pecado o error, aún así tenemos que rechazarlo, no repetirlo y amonestar a quien lo dijo para que refrene su lengua. Sólo a los propósitos de Satanás sirve que propaguemos cosas malas de uno y de otro.

Paso 5: si tiene que decirlo a alguien, dígaselo a Dios. A veces pareciera que es casi imposible frenarse de decir algo negativo, especialmente cuando hemos sido perjudicados por las palabras de otros. O quizá sea por el deseo de ponernos del lado de un amigo que haya sido calumniado. Tal vez sea sólo un deseo fuerte de contarle a otro el chisme que hemos oído. Cualquiera sea la tentación, la única persona con quien es apropiado hablarlo es con el Señor. En su presencia podemos dar rienda suelta a lo que está dentro, sin dañar a nadie. Dios es infinitamente paciente, completamente inmovible, y muy capaz de oír cualquier cuento que le llevemos de nosotros o de otros. El no juzgará ni condenará a la persona de la que estemos hablando, ni a nosotros, siempre y cuando lo digamos sólo a él. En el momento en que lo digamos a cualquier otro se vuelve pecado.

Muchos de nosotros venimos a Dios sólo cuando estamos en nuestro mejor comportamiento, cuando podemos decir las cosas que creemos que El quiere oír. No queremos acercarnos cuando nos sentimos a punto de gritar o cuando queremos vengarnos o cuando estamos tentados a destruir la reputación de alguien con chismes y

mentiras. Pero él ya conoce lo mejor y lo peor de nosotros, y nos ama igual. El oirá nuestra última queja sin perturbarse por lo que decimos. Y cuando nos hayamos calmado un poco, nos dirá algo parecido a lo que dijo a Pedro cuando este le trajo un cuento de Juan; "*¿Qué a ti? ¿Sígueme tú?*" (Jn 21:22).

Paso 6: Dé cuentas por lo que dice. Los chismes son malos, pero **¡peor es un chisme cobarde!** No obstante, la mayoría de los que mienten o calumnian y hacen chismes son también demasiado cobardes para admitir su responsabilidad. No sienten la necesidad de ser reprobados por hacer mal, y se sienten en libertad de repetir, sin buscar evidencias, las acusaciones más escandalosas. Tengo un amigo ministro que cuando fue calumniado y difamado por otro ministro, fue a enfrentar en persona a su acusador; pero este, en vez de disculparse y pedir perdón, se rió nerviosamente y le dijo a mi amigo que estaba tomando el asunto con demasiada seriedad. En ningún momento aceptó responsabilidad para dar cuenta de sus palabras.

El corazón de Dios se entristece profundamente cuando sus hijos mienten y se difaman entre sí, pero se entristece aún más cuando los que lo hacen, cobardemente rehusan aceptar su responsabilidad para dar cuentas por sus palabras.

No es que no tengamos que dar cuentas. Eso es absolutamente incuestionable; el asunto es cuándo. Es mucho mejor arreglarnos ahora cuando hay oportunidad de perdón, redención y reconciliación, que esperarnos hasta el día del juicio cuando entonces será demasiado tarde para hacerlo.

Paso 7: Haga un voto solemne de ser un animador en vez de un crítico. No se que otra cosa podría ser de mayor necesidad en el Cuerpo de Cristo que los cristianos se apoyen y se animen entre sí. No existe persona en el mundo que no necesite o desee ser aceptado y aprobado. Dios sabe que ninguno de nosotros es perfecto; todos tenemos nuestra faltas y debilidades. Pero en vez de enfatizar en estas cosas, nuestra responsabilidad es ayudarnos. La crítica no es un don del Espíritu Santo. Pero el amor y el ánimo sí vienen de él.

La verdad es que los críticos se compran muy barato, mientras que los verdaderos animadores son tan escasos como el oro. **Yo cambiaría a cincuenta críticos por un buen animador** cualquier día de la semana.

El poder de la palabra hablada es un arma poderosa. Con ella podemos crear un infierno o un cielo. Podemos hablar cosas odiosas, acusadoras, mentirosas y traidoras, que desgarran y destruyen; palabras que ministran muerte para nosotros si las hablamos y para los que van dirigidas. O podemos hablar palabras que consuelan, sanan, bendicen, animan; palabras de fe, de perdón, redención y restauración; palabras que ministran vida tanto para nosotros que las hablamos como para aquellos a quienes las dirigimos.

La elección es nuestra. Que Dios nos dé un conocimiento fresco del poder y del significado de nuestras palabras.